

Muere Eric Hobsbawm, uno de los grandes estudiosos de los acontecimientos del siglo XX

Un historiador con los pies en el suelo

Josep Maria Sòria

Eric Hobsbawm, muerto ayer en Londres a los 95 años, ha sido uno de los historiadores y pensadores más influyentes del siglo XX y lo que llevamos del XXI. Este judío británico nacido en Alejandría en 1917 vivió en Viena el crecimiento del nazismo y, junto con su familia, se trasladó a Londres en 1933, donde se formó en el marxismo, de lo que nunca renegó a pesar de haber realizado periódicas autocríticas.

Fruto de esta ideología, Hobsbawm ha ido legando una larga y, sobre todo, interesante bibliografía sobre Europa y el mundo que lo han convertido no sólo en uno de los iconos de la historia sino también en uno de los pensadores europeos más reconocidos y prestigiosos por su reconstrucción de la llamada historia social después de superar, no sin muchos obstáculos, los prejuicios de la sociedad y la universidad inglesas dada su militancia comunista.

Su *Historia del siglo XX* (Crítica, 1994) analiza con erudición y sensibilidad de gran

Su ‘Historia del siglo XX’ analiza con erudición desde la Primera Guerra Mundial hasta la caída del Muro

escritor el pasado, desde el estallido de la Primera Guerra Mundial a las consecuencias de la caída del muro de Berlín, en 1989, convirtiéndose en uno de los manuales canónicos e imprescindibles para conocer el periodo más convulso y, al mismo tiempo, pacífico del mundo.

Desde una perspectiva global, narra los principales acontecimientos del siglo, muchos de los cuales vivió personalmente en el lugar de los hechos: desde la llegada de Hitler al poder a la muerte de Stalin; desde los movimientos revolucionarios de América Latina al nacimiento de una nueva cultura juvenil en mayo de 1968; desde los descubrimientos de la ciencia a la cultura cinematográfica. Hobsbawm se basa tanto en documentos, que analiza críticamente, como en testigos presenciales, con el fin de ir construyendo una monumental obra historiográfica.

Otra referencia imprescindible de Hobsbawm es su *Entrevista sobre el siglo XXI* (Crítica, 2004), a cargo del periodista italia-



ROLAND SCHLAGER / EFE / ARCHIVO

no Antonio Polito, en el cual reflexiona sobre los acontecimientos vividos y analiza hacia dónde puede ir el futuro mediante el rastro de unas líneas bastante basado en la realidad. El historiador Josep Fontana, que ha sido el mejor propagador de Hobsbawm en España, escribe en el prólogo del mencionado libro que el historiador británico recapitula sobre el conjunto de las épocas o eras en que ha ido estructurando la historia con-

temporánea con el fin de enseñar a leerlas con una perspectiva de futuro. También hay que citar, entre las principales obras de Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI* (Crítica, 2009), donde analiza el fenómeno de la desaparición de la clase obrera y la globalización en el nuevo siglo; y su autobiografía *Años interesantes* (Crítica, 2003) y su última obra, *Cómo cambiar el mundo* (Planeta, 2011).

En la extensa obra de Eric Hobsbawm, ló-

gicamente, hay constantes referencias a la Guerra Civil española. Hay un aspecto relativamente poco conocido en la vida del historiador en relación a este conflicto. Poco después de la rebelión militar, Hobsbawm y un grupo de amigos que se encontraban visitando el sur de Francia decidieron pasar la frontera por Bourg-Madame y entraron en Puigcerdà. Inmediatamente fueron detenidos por las milicias del *Cojo de Málaga*, que aterrorizaban en buena parte de la Cerdanya. Fueron acusados de espías, hasta que las cosas se aclararon. Aunque pasó poco tiempo, le bastó para captar lo que estaba pasando. Hay que decir que la experiencia personal de Hobsbawm nunca tuvo los aires románticos que otros compatriotas suyos siguen te-

Obras de referencia de un erudito

■ Entre las obras de Hobsbawm destacan *La era de la revolución: 1789-1848* (publicada en 1962); *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos* (1973); *La era del capital* (1975); *La era del imperio: 1875-1914* (1987); *Historia del siglo XX* (1994); *Entrevista sobre el siglo XXI* (1999); *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (2002); *Guerra y paz en el S. XXI* (2007) o *Cómo cambiar el mundo* (2011).

niendo actualmente. Sin embargo, en un interesante artículo publicado en la revista *Masa*, el historiador británico escribe que “dicho conflicto unió a una generación de jóvenes escritores, poetas y artistas en el fervor político. Que venciera el lado equivocado no quiere decir que el triunfo más perdurable no se lo llevaran la pluma, el pincel y la cultura”.

El historiador más conocido de nuestro tiempo, según el estudioso valenciano Ciges Aparicio, ha dejado un legado bien interesante, no sólo desde un punto de vista del conocimiento del pasado, sino como reflexión sobre este pasado y las claves que pueden señalar por dónde puede ir el futuro. Para Hobsbawm, el conocimiento de la historia y del presente son los elementos para una prospectiva del futuro, básicos para poder hacer una diagnosis y marcar estrategias en cualquier orden humano. Hobsbawm no sólo ha sido un sabio erudito, sino que ha sido capaz de enseñar con los pies en el suelo.●

José Enrique Ruiz-Domènec

Cuesta encontrar un historiador más conocido que Eric Hobsbawm. Una fama bien merecida, indiscutible. Sus libros se han traducido a decenas de idiomas y han recibido siempre los máximos honores. Entre nosotros fue un referente obligado, en Latinoamérica un guía de opinión muy popular, en todas partes un hombre respetado, de larga y fecunda vida pública. Por eso nadie discutió que liderara al grupo de 27 historiadores para Europa, uno por país.

Conviene volver a leer hoy como homenaje póstumo su autobiografía *Años interesantes* por ser antes que nada una serie de reivindicaciones revolucionarias que le permiten entender “las cicatrices emocionales que deja-

J.E. RUIZ-DOMÈNEC, representante español en el grupo de 27 historiadores para Europa

Un sabio del siglo XX

ron en él los años sombríos”, los años 30 y 40, “ese apeadero provisional entre un pasado muerto y un futuro aún no nacido”. Un alegato sobre los años de su juventud donde fue testigo de cambios tan profundos y en muchos casos tan decepcionantes como la caída de la socialdemocracia en la Alemania de la República de Weimar. O, más recientemente, sobre algunos momentos particularmente intensos del inmediato pasado, cuando por ejemplo hizo de intérprete ocasional al Che Guevara en una de sus visitas a la Habana. O de otros personajes, amigos o colegas, en Francia, España y especialmente Italia, un país en el que se sentía realmente bien. Pero también hay que leer su autobiografía porque es una

llamada de atención sobre la dirección de un viento que sopla en la escritura de la historia desde hace algunas pocas décadas a esta parte y sobre la que él no sentía nada satisfecho. Más bien preocupado, incluso molesto. Y no cesó de decirlo, a pesar de su proverbial renuencia a criticar procedimientos ajenos al suyo.

Pero es que para él, la historia era algo más que una disciplina académica. Era un compromiso. Por eso nunca quiso tener equipos de investigación, ni documentalistas que le buscaran datos o le resumieran monografías: prefería leer los libros, al viejo estilo, con lápiz, anotando pulcramente sus observaciones en los márgenes, en cualquiera de los idiomas que dominaba.

Esa tarea de lector atento, esmerado, le convirtió en un maestro de la prosa inglesa, sin que eso significara descuidar el análisis de las fuentes y su interpretación. Una prosa limpia, comprensible, directa, para lectores cultos. Así lo deja entrever la sensibilidad con la que aborda los más variados temas, desde los Rebeldes Primitivos a la Era del Capitalismo, desde la invención de la tradición, al sentido del Imperio británico o al “corto siglo XX”.

Hobsbawm simpatizó de joven con el comunismo como muchos otros hombres de su generación, los nacidos durante la Gran Guerra, y jamás quiso dejar de serlo, al contrario que otros muchos camaradas desilusionados de esas ideas tras los sucesos de

Budapest como Margaret Buber-Neumann, Arthur Koestler o Jorge Semprún; él se mantuvo firme, no por arrogancia, que nunca la tuvo, sino por respecto a su educación en Viena, a su familia judía, y a sus convicciones morales, aunque recibió duras críticas por mantener justamente esa postura, y solo una vez con la caída de muro de Berlín en 1989 sintió una especie de escalofrío en su interior al descubrir quizás lo que muchas veces se había negado a ver. Quizás esa misma actitud es la que le condujo a mantenerse indiferente a los debates sobre el materialismo histórico como el mejor método de análisis del pasado, una actitud que le distanció de los jóvenes reunidos en torno a la *new left* convencidos de la vigencia del modelo cultural de Gramsci. Pero, en esa actitud distante, y hasta fría, aparece la grandeza de este historiador que fue un sabio del siglo XX.●